



ACTO TERCERO.

La decoracion del anterior.

ESCENA I.

MARGARITA.

Un mes ya! . . . tan largo plazo
para jornada tan corta! . . .
La tardanza de Quevedo
me desconcierta y me asombra.
¿Qué podrá ser? El camino
desde Madrid á Lisboa
no es hoy seguro y, acaso. . . .
Vagas sospechas me acosan.
Vengativo el conde-duque,
nunca olvida ni perdona,
y si á su fin le conducen,
poco los medios le importan.
En el mundo hay asesinos
que con el oro se compran. . . .
Olivares es malvado. . . .
—Tal vez Quevedo á estas horas. . . .
Oh! Dios mio! . . . —Dios lo sabe:
nunca fuí supersticiosa;

pero esta idea terrible
es un dogal que me ahoga.
—Varonil y fuerte, nunca
temblé de terror. . . y ahora,
al pensar en él ¡ay! tiemblo
como en el árbol la hoja. . . .
—Qué pasa por mí? . . . Quevedo. . . .
—¡Siempre fijo en mi memoria!—
Oh, la gratitud. . . sin duda. . .
no puede ser otra cosa. . . .
Cierto! . . . la altiva duquesa
Margarita de Saboya,
que no conoció en su vida
mas voluntad que la propia;
la que, nunca dominada,
siempre fué dominadora,
con su voluntad de hierro
y su corazón de roca,
esa muger. . . soberana,
con su altivez por corona,
siempre es la misma, la misma. . . .
—No! . . . delante de él es otra. . . .
Otra sí. . . Nadie en el mundo
logró lo que este hombre logra. . . .
Quevedo ¡ay Dios! me fascina. . . .
—Jamás! . . . Qué digo? estoy loca!
—No; delante de Quevedo
mis mejillas se coloran,
y mis ojos se humedecen
y mi mente se trastorna!
Sí! . . . Siempre al sentir sus pasos,
temblé. . . como tiemblo ahora
sin sentirlos. . . ¡Sin sentirlos!
—No. . . los siento en mi memoria!

ESCENA II.

MARGARITA, la REINA, que sale de su cámara.

REINA. Margarita. . . .
MARG. (*Volviendo sobre sí.*) Oh! . . . —Me buscá-
REINA. Sí; el hallarte tan sola, (bas. . . .
me sorprende. . . Tú llorando!
MARG. Cómo?
REINA. Tú, que nunca lloras!
MARG. Qué ilusión. . . Tú lo dijiste:
nunca del llanto las gotas
por mi mejilla corrieron.
REINA. Plegue á Dios que nunca corran!
MARG. Yo así lo espero. . . —Las lágrimas
siempre son infructuosas.
REINA. El llanto calma las penas.
MARG. El valor triunfa de todas.
—En eso mismo pensaba
cuando llegaste.—La hora
de vencer á la desgracia
se acerca para nosotras.
REINA. Loca esperanza!
MARG. Qué dices?
Si hoy mismo Quevedo torna,
para triunfar de Olivares
armas traerá de Lisboa.
REINA. Esas armas. . . .
MARG. Son seguras;
y han de darnos la victoria,
descubriendo del ministro
las maquinaciones sordas.
—Bien lo sabes: Portugal,

antes provincia española,
se hizo reino independiente
siendo yo gobernadora. . . .
Que no fué por culpa mia,
bien en mis despachos consta;
con tiempo avisé el peligro
y pedí dinero y tropas. . . .
Pero sordo el conde-duque
á mis peticiones todas,
juzgó sueños mis temores,
me creyó débil ó loca.
Pues bien: ya que la experiencia,
aunque por mi mal, me abona,
por las cartas de Olivares,
llenas para el rey de mofa,
sabr  el rey que ese ministro,
con escándalo de Europa,
necio   traidor, ha vendido
un joyel de su corona.

(La reina va á hablar.)

Quevedo hallar  esas cartas
que ocultas dej  en Lisboa. . . .
Una sola puede darnos
venganza terrible y pronta!
Me haces temblar.

REINA.

MARG.

El malvado,
por dar fin   sus zozobras,
quiso asesinarme. . . .

REINA.

Cielos! . . .
No recuerdes esa historia.

MARG.

S ; y   no ser por Quevedo
que brotó de entre la sombra,
el sicario de Olivares. . . .

REINA.

 Y   qué recordarlo ahora?

Vives y est s   mi lado. . . .
ya Olivares no lo estorba. . . .
 Oh! tal vez arrepentido
ya de su accion se sonroja. . . .

MARG.

Le conoces mal.

REINA.

Con todo:
de ellos responden sus obras.
El es el rey. . . . y en palacio
desde aquella noche moras;
y hace un mes que el de Olivares
te consagra sus lisonjas,
te distingue. . . .

MARG.

Y sin embargo,
en su corazon me odia.

REINA.

Y cómo esplicar. . . .

MARG.

Quevedo
al partir para Lisboa,
ense n ndole un papel,
le dijo con risa irónica:
"Pues con vos queda la infanta
Margarita de Saboya,
conmigo va este soneto,
para que de ella responda."

REINA.

MARG.

No comprendo. . . .
De mi vida

 l responde con la propia;
tiene las manos atadas.
—Y si al fin Quevedo torna,
la ruina del favorito
será inevitable y pronta.
 Qu  intentas?

REINA.

MARG.

Salvar   España
de un yugo que la deshonra;
comprar tambien el castigo

del tirano. . .

REINA. Si es á costa
de mi eterna desventura.
caro su castigo compras! . . .

MARG. ¡Oh! qué dices?

REINA. La esperanza
jamás al triste abandona;
y yo, en mi delirio á veces
aun espero ser dichosa.
—Solo hay un medio: Olivares
con intencion cautelosa
guarda ese escrito sangriento
en que mi inocencia consta, . . .
—Y en mí tomará venganza,
si tú su rencor provocas,
aniquilando ese escrito
que es ¡ay! mi esperanza sola.

MARG. Calla! calla!

REINA. Margarita:
tú tan buena y generosa,
no harás uso de tus armas,
si han de volverse en mi contra.

MARG. ¿Qué dices?—España sufre. . .
Dios en mis manos coloca
su remedio. . . —Antes que todo,
es esta nacion heróica!

REINA. Y tu amor?

MARG. El mismo siempre.

REINA. Salva mi dicha y mi honra!

MARG. Despues, . . .

REINA. (Con desaliento y amargura.)

Ay! será muy tarde.

MARG. (Gran Dios! mis fuerzas se agotan!
no puedo más!)

REINA. Margarita;
tú serás mi salvadora.
—El castigo de Olivares
puede aplazarse y. . .

MARG. (Con exaltacion.) ¿Qué importa
si en tanto ese hombre? . . . —Imposible!
La corte y España toda
sufren su tirano yugo
y sus desafueros lloran.
REINA. Hombre fatal!

MARG. Por su causa,
la España, terror de Europa
y del mundo en otro tiempo,
duerme en el olvido ahora.
Por él lloramos pérdidas
tantas conquistas gloriosas;
unas al hierro entregadas,
y al oro vendidas otras.
Mas de trescientos navíos
tragaron del mar las olas
por él; y por él perdimos
á Esthin, Wiranzan y Dola,
y á más las Islas Terceras,
y el ducado de Borgoña,
y el Brasil, y el Rosellon,
y Ormuz, Fernambuco y Hoa! . . .
y no ha mucho Portugal.

(Con énfasis.)

siendo yo gobernadora,
Por su rey al de Braganza
coronó en Villaviciosa. . .

REINA. Calla! . . . (Mirando hácia la derecha.)



ESCENA III.

Dichas y OLIVARES: MENAÑA, GRANA y CASTILLA: que entran muy engolfados en su conversacion por la derecha. Al verlos la reina, se va retirando hácia su cámara acompañada de Margarita.

OLIV. Sabré quién ha sido.
MEND. Mejor! morirá en la horca.
REINA. (Piénsalo bien.)
MARG. (Hasta luego.)
La reina entra en su cámara: Margarita la contempla con espresion de ternura.
OLIV. Fué solo un susto.
GRAN. No importa.
MEND. Mejor, mejor.
OLIV. Mas, . . . la infanta, . . .
MEND. La infanta? . . . mejor.
(Todos saludan á Margarita, que se va acercando hácia ellos.)
OLIV. Señora. . .
MARG. Pálido estais, conde-duque
MEND. No es para ménos la cosa.
MARG. Pues ¿qué ha habido?
OLIV. Nada. . . nada. . .
MEND. Un disparo á quema-ropa!
OLIV. Bien, no me ha herido.
MEND. Mejor.
MARG. Conde-duque, estoy absorta.
OLIV. No nos ocupemos de ello.
(A los tres.)

—Sobre asuntos de mas monta tengo que hablar á su alteza;—
conque, . . . dejadnos á solas. . . (Salu-
Hasta despues. (dándolos.)
(Los tres se inclinan, y vanse por la derecha.)
MEND. (Marchándose.) Despacito (A los dos.)
voy á examinar ahora
el estrago que las balas
hicieron en su carroza.

ESCENA IV.

MARGARITA, OLIVARES.

MARG. Conde-duque, mal os quieren.
OLIV. Vos interpretais las cosas
de una manera. . .—Ese tiro
fué casualidad, señora.
MARG. ¿Eso pensais?
OLIV. ¿Quién lo duda?
En honor á mi persona,
como siempre, en las Salinas
hizo una salva la tropa. . .
MARG. Si hay plomo en los arcabuces,
las salvas son peligrosas. . .
OLIV. Nada temais.
MARG. No os conviene
gastar en salvas la pólvora.
OLIV. La torpeza de un bisoño
no os debe causar zozobra.
MARG. No; mas tened vos en cuenta
que hay mucha gente bisoña.
OLIV. Vivid tranquila: las balas
no han de quemarme la ropa. . .

—Para tiros mas seguros
 pienso prevenir mi cota.
 MARG. ¿Otros teneis, conde-duque?
 OLIV. Certeros y de arma sorda:
 son los tiros de la infanta
 Margarita de Saboya. . . .
 MARG. ¡Oh! Pues diz que ella dispara
 siempre al corazon.
 OLIV. Hay otras
 opiniones. . . . Diz que apunta,
 y al tirar. . . . tiembla. . . . ó perdona.
 MARG. Mal la conoceis.
 OLIV. Con todo;
 un mes hace por ahora
 que á mi privanza la guerra
 declaró en debida forma;
 y hasta el presente no he visto
 las hostilidades rotas. . . .
 Y es que en ausencia de Marte
 duerme sin duda Belona.
 MARG. Los plazos al fin se cumplen;
 las deudas al fin se cobran.
 OLIV. Yo, á la verdad, no comprendo
 cómo estais tan ociosa.
 MARG. Vos lo habeis dicho: le aguardo.
 OLIV. Ya. . . . no os atreveis vos sola.
 MARG. ¡A todo!
 OLIV. ¿Pues qué os detiene?
 MARG. ¿Teneis preguntas muy hondas!
 OLIV. ¿Conque le aguardais?
 MARG. Le aguardo
 como el labrador la aurora.
 OLIV. ¿Y si acaso no volviese?
 MARG. ¡Gran Dios!

OLIV. La fortuna es loca,
 y á veces, por sus caprichos,
 el plan mas hábil aborta
 y se pierden como el humo
 las mas diestras maniobras.
 MARG. ¡La justicia triunfa siempre!
 OLIV. Cuando el ardid no lo estorba;
 bien lo sabeis.
 MARG. ¡Conde-duque,
 sé que hay puñales!
 OLIV. (Oh! flora!)
 MARG. Pero sé tambien,—y acaso
 lo debo á vuestra persona—
 que una espada de buen temple
 para cien puñales sobra.
 OLIV. (Acercándose á ella, en voz baja y acento
 siniestro.)
 ¡Pues no aguardéis á Quevedo!
 MARG. (Aterrada y con vehemencia levantando
 las manos al cielo.)
 (Oh! . . . Virgen. . . . misericordia!)

ESCENA V.

Dichos y QUEVEDO por la derecha y en traje de camino.

QUEV. Aquí estoy, porque he venido.
 OLIV. (Oh furor!)
 MARG. (Mirando al cielo y con las manos juntas.)
 Gracias, Señora!
 OLIV. Vos, Don Francisco. . . . (En tono ligero.)
 QUEV. Acabad:
 Quevedo y Villegas. . . .

OLIV. Pues;
caballero santiagues. . . .
 gracias. . . .

QUEV. Al diablo.

OLIV. Es verdad.

QUEV. Y á la cruz.—Yo á todos pago:
 que si de Santiago soy
 caballero, gracias doy. . . .

OLIV. Sí, á Medina.

QUEV. No, á Santiago.
 —Al tornar de mi viage,
 por veniros pronto á ver,
 no me quise detener
 ni aun para cambiar de trage.
 Mucho estimo tal fineza.

OLIV. Mucho estimo tal fineza.

QUEV. *(Reparando en Margarita.)*
 Señora. . . . *(A Olivares.)* Pálida está! . . .
 Si un ultraje. . . . *(Amenazante.)*
 Ella os dirá.

OLIV. Ella os dirá.

MARG. *(Saludando para retirarse.)*
 Adios.

QUEV. Serviré á su alteza.
 (Acompañala hasta la puerta.)

MARG. *(Aparie á Quevedo.)*
 Y bien?

QUEV. *(Idem.)* Nuestra es la jornada!

MARG. Vienen los papeles?

QUEV. Sí;
 mas no vienen sobre mí
 por temor de una emboscada.

MARG. Bien.—La reina está mortal. . . .
 teme. . . .

QUEV. Con razon á fe,

MARG. Salvadla!

QUEV. La salvaré.
MARG. *(Despues de despedirse.)*
 (Tiene una alma celestial!)

ESCENA VI.

QUEVEDO, OLIVARES.

QUEV. *(Contemplándola al partir.)*
 (¿Es muger ó es ilusion? . . .
 —¡Oh! Por ella con fe pia,
 gota á gota vertería
 la sangre del corazon!)

(Quevedo se queda inmóvil: Olivares, que ha contemplado á los dos fijamente, se acerca á él.)

OLIV. *(¿Vive Dios que está despacio!)*
 (Pónele la mano sobre el hombro.)

QUEV. *(Volviéndose rápidamente.)*
 ¿Quién?

OLIV. Tan ceñudo y suspenso,
 ¿qué es lo que pensais?

QUEV. No pienso.
 Nunca se piensa. . . . en palacio.

OLIV. Pues ¿qué haciais de ese modo?

QUEV. Repasaba en mi memoria
 cierta peregrina historia.

OLIV. ¿De amores?

QUEV. Tiene de todo.

OLIV. Será entretenida. . . .

QUEV. ¿Oh! Mucho.
 (Despues de un momento.)
 ¿Quereis la historia saber?

OLIV. Me será de gran placer.

QUEV. Pues escuchadme.

OLIV. Os escucho.
 QUEV. Erase un rey muy celoso,
 y una reina muy hermosa;
 la reina del rey esposa,
 y el rey. . . . de la reina esposo.
 Y así unidos ante Dios,
 como á un árbol dos raices,
 eran los dos muy felices,
 porque se amaban los dos.
 — Pero un hombre — un favorito —
 que en la dicha y el poder
 solo ambicionaba ser. . . .

(Movimiento de Olivares.)

Oid. — Ese hombre maldito,
 por influir sin rival
 del rey en el corazón,
 alzó de infamia un padron
 entre la pareja real. —
 Con habilidad cruel,
 — le hizo muy hábil su estrella —
 mintiendo culpas en ella,
 encendió celos en él.
 Y el rey maldijo en sus celos
 á la reina por impura;
 y la reina. . . . era tan pura
 como un ángel de los cielos. —
 Y desde entonces los dos
 no se han vuelto á unir jamas;
 y él vive triste quizas,
 y ella. . . . ¡dudando de Dios!

OLIV. Permitidme que os ataje;
 porque, ó miente mi memoria,
 ó vos, al contar la historia,
 olvidais un personaje.

(Quevedo quiere interrumpirla.)
 Ya esa historia me contó
 no sé quién, cómo, ni dónde;
 y anda en ella cierto conde. . . .
 El amante.

QUEV. ¡No!
 OLIV. Si.
 QUEV. ¡No!!

OLIV. (Con frialdad.)
 De ese buen conde afirmaron
 que con la reina le vieron
 amante feliz. . . .

QUEV. Mintieron.
 OLIV. Pues así me lo contaron.
 QUEV. Yo os lo contaré mejor.
 OLIV. El conde á la reina amaba.
 QUEV. Pero la reina ignoraba
 su desatinado amor.
 OLIV. ¡Y quién lo podrá probar? . . .
 QUEV. Hay una prueba sangrienta. . . .
 OLIV. Como nadie la presenta. . . .
 QUEV. No la quieren presentar.
 Escuchadme. — El favorito
 que á la reina calumnió,
 tal delito coronó
 con otro nuevo delito. —
 Sabedor de la verdad,
 el conde solo podia
 poner en claro algun dia
 tan cobarde iniquidad.
 Era un testigo harto fiel. . . .
 — Pero ya resuelto á todo,
 halló el favorito modo
 para deshacerse de él. —

Y al pié del alcázar real
diz que una noche, á traicion,
pasó al conde el corazon. . . .
(Con disgusto interrumpiéndole.)
Sí, una espada.

OLIV. *¡No, un puñal!*

QUEV. *¡Lo oís? Para hazañas tales
no presta el valor espadas. . . .*

OLIV. *Mas. . . .*

QUEV. *Para muertes compradas
la traicion vende puñales.*

OLIV. *Basta.*

QUEV. *Oid.—Al espirar,
el conde escribió un papel
con sangre. . . .—Vengo por él.*

OLIV. *¡Cómo!*

QUEV. *Y me le vais á dar.*

OLIV. *¡Nunca!*

QUEV. *Sí, sí, por quien soy. . . .
(Saca un papel.)*

De ello esta firma responde.

OLIV. *Pero. . . .*

QUEV. *(Con imperio.) ¡El escrito del conde!*

OLIV. *(Después de un momento y señalando con
timidez el papel de Quevedo.)*

Dadme ese en cambio.

QUEV. *(Después de un movimiento de estrañeza
y con tono despreciativo.)*

Os le doy.

OLIV. *(Con asombro.) ¡Me le dais!*

QUEV. *Lo dije ya.*

OLIV. *(Dirigiéndose á la izquierda.)*

Vuelvo. . . .

QUEV. *Sin esto—lo sé,—*

*ya sin armas quedaré;
mas ¡qué importa!*

OLIV. *¡Bien está! . . . (Vase.)*

QUEV. *Entre hacer el bien del bueno
y el mal del malo, dudará
solo un hombre que abrigara
ese corazon de cieno!*

ESCENA VII.

QUEVEDO, después MENDAÑA, CASTILLA y GRANA,
*que entran por la derecha, y vuelven á salir por
el fondo, izquierda.*

QUEV. *Bravo, corazon, muy bien;
estoy contento de tí. (Mirando á la dere-
cha.)*

*Mas. . . .—Que á punto siempre esten
los necios. . . .—Si ahora me ven,
no podré echarlos de mí. (Se oculta.)*

MEND. *(Entrando con los otros dos.)*

Conde-duque. . . . (A los dos.) Pues no está.

GRAN. *Sin duda en aquellas salas. . . .*

MEND. *Vamos á buscarle allá.*

CAST. *Pues; con eso nos dirá
cómo le suenan las balas. (Vanse.)*

QUEV. *No me han visto.—Es fuerte apuro,
que me hayan de perseguir
necios siempre, y de seguro
con este infame conjuro:*

“Quevedo, hacednos reir.”—

*Y es, por Dios, contraste horrendo,
y aun vice-versa, nefando,
y hasta sarcasmo estupendo,
que ellos escuchen riendo*